

donde la sabiduría del elector le ponía un freno, hizo progresos en el resto de Alemania. A imitación de algunos soberanos, los ricos, los titulados, condes, barones, se alistaron en una sociedad que no quería ni preeminencias ni propiedades. La Baviera misma volvió á entrar bajo la dominación del Iluminismo. Carlos-Teodoro, habiendo muerto en 1797, tuvo por sucesor á un príncipe que se declaró el protector de estos mismos hombres que Carlos había contenido, anuló él lo que había hecho, restableció lo que había destruido, y empleó en propagar los principios de la irreligion y de la anarquía el celo que los soberanos mejor aconsejados emplean en rechazar estos males.

1785.

— El 7 de marzo, edicto del emperador de la China contra muchos misioneros y cristianos. El año precedente se había levantado una violenta borrasca contra los católicos de este vasto Imperio. Acababan de entrar en él cuatro misioneros europeos, y pasaban al Hou-Kouang cuando fueron denunciados por un chino, que había renunciado á la fe, y entregados á los mandarines. Este fué el origen de la persecucion. Los chinos se imaginaron que los cristianos podían estar de inteligencia

con los mahometanos rebelados, que hacían entonces la guerra al Imperio. Tratóseles pues con rigor, se hicieron severas averiguaciones, se arrestó gran número de fieles. Los gobernadores de provincias todo lo ponían en obra para apoderarse principalmente de los misioneros. Desgraciadamente algunas cartas interceptadas y algunos criados puestos en tormento habían revelado el secreto de las misiones, y los medios de que se servían para introducir y distribuir los sacerdotes por las diferentes partes del Imperio. Llegaron pues á encontrar muchos de estos últimos, y se les hizo pasar á Pekin. Tres obispos fueron presos desde el principio. Estos eran los señores Magi y Saconi, obispos de Miletópolis y de Domiciópolis, y M. de S. Martin, obispo de Caradre, los dos primeros italianos, y el tercero francés. Este sobrevivió á sus colegas que murieron en la cárcel. Otros misioneros europeos y chinos fueron también arrestados. El 7 de marzo se publicó un edicto que condenaba seis de entre ellos á una prision perpetua, cuatro sacerdotes chinos al destierro, y treinta y cuatro cristianos á destierro, á la cangue, y otras diversas penas. El edicto ordenaba además nuevas pesquisas, y encargaba á los mandarines que forzasen á los cristianos por medio de los tormentos á que apostatasen. Las persecuciones volvieron á empezar de nuevo. Todo estaba en alarma. Los misioneros huían y se ocultaban. Algunos se declaraban ellos mismos por no comprometer á nadie. Llega-

ban prisioneros á Pekin de todas las partes del Imperio, y los gobernadores seguian en muchos lugares las órdenes de la corte con mucha actividad. Cuando se prendieron todos los misioneros que se sospechaba haber en la China, el emperador dió el 9 de noviembre un segundo edicto, por el que les hacia gracia de la pena de carcel pronunciada contra ellos, y les concedia la eleccion de quedar en Pekin ó retirarse á Macao. Pero nada se varió sobre las penas pronounciadas contra los chinos, que se miraban como mucho mas culpables. Muchos fueron enviados á destierro. Los que de entre ellos se sospechaban ser sacerdotes fueron aun menos considerados, y algunos murieron en destierro. En cuanto á los misioneros europeos arrestados, aprovechándose los unos de la permission del emperador quedaron en Pekin: los otros prefirieron retirarse á Macao y en seguida á Manila, de donde esperaban con el tiempo encontrar algun medio de volver á entrar secretamente en la China y de entregarse allí al servicio de las misiones. El obispo de Caradre volvió á entrar en efecto en 1787, y fué seguido de muchos de sus compañeros de destierro. Tomaron otra vez el ejercicio de sus funciones con las precauciones convenientes, y trabajaron en cerrar las heridas que la última borrasca acababa de hacer á estas misiones. No parece que Kien-Long, que no murió hasta 1798, los turbase de nuevo, y á escepcion tal vez de algunas alarmas pasageras y algunas vejaciones lo-

cales, los ministros continuaron pacíficamente su ministerio, y multiplicaron en esta vasta comarca los adoradores del verdadero Dios.

—El 3 de junio, decreto del consejo de Estado del rey, suprimiendo la nueva edicion de las *Obras de Voltaire*. No se habian ceñido los admiradores de este escritor á tributar vanos homenajes á su memoria; antes quisieron erigirle aun un monumento, recogiendo todas sus obras, y reuniéndolas en una edicion mas completa y mas esmerada, y en efecto no se perdonó medio ni fatiga, para encarecerla á la vista de los aficionados. Púsose al frente de esta empresa un hombre sobradamente conocido por otras de todo género. Tal fuera Beaumarchais, cuya fortuna, actividad y aficion á la filosofía hacian mas á propósito que cualquier otro para le ejecucion de este grande proyecto. Encargóse el marqués de Condorcet de añadirles notas y advertencias, las cuales abundan, en general, en frases trinchadas y violentas que llegan á confundir. Anuncióse la edicion por medio de un prospecto que prometia, conforme se suele hacer, nunca vistas maravillas, y exaltaba hasta lo sumo el mérito de semejante edicion, la cual habia de hacer honor para siempre al autor, á su nacion y á su siglo. No seremos nosotros los que pongamos en duda los grandes talentos de los admiradores de Voltaire, ni rehusemos á muchas de sus composiciones los elogios que se merezcan; por cuanto si este escritor fué reprehensible con sobrada



justicia por lo que toca á algunas de sus obras, ó en algunos pasages de cada una de estas, no es esto una razon válida para cerrar los ojos por lo que toca á todas las bellas calidades que están brillando en sus escritos. De consiguiente, que se admite, si se quiere, la gracia de su estilo, lo curiosidad de sus obras históricas, la brillantez de sus poesías, la naturalidad y facilidad de sus cartas, y suscribimos de buena gana á este dictamen. Si se hubiesen limitado á hacer una edicion de aquellas obras de Voltaire, contra las cuales la religion no levanta su formidable grito, vaya con Dios; esta edicion hubiese merecido aplausos, lo mismo que toda otra en que se hubiesen suprimido los pasages que arrojan manifestamente rasgos de prevencion, y encono. ¿Cuántas obras de este filósofo ganarian en verdad como hubiese habido una mano, bien hallada con la religion al mismo tiempo que celosa de la gloria del autor, dedicada á borrar los rasgos que mancillan una y otra? ¿No reuniria la *Henriada*, por ejemplo, muchos mas votos, á los ojos de los hombres imparciales, sin algunos de sus versos que están arrojando esa indiferencia filosófica para toda especie de religion? ¿No satisfaria mas el siglo de Luis XIV á los hombres graves, sin este tono de superficialidad, tan poco compatible con la historia? ¿No seria mas general el aplauso con que se han recibido sus piezas teatrales desprovistas de esa afectación en sembrar por todas partes máximas filosóficas? ¿No seria mas inocente la

gracia de sus poesías ligeras como no versasen mas que sobre asuntos en los cuales es lícito reirnos y chancearnos? ¿No creceria en fin de punto el mérito de estas obras con las supresiones aconsejadas con igual justicia por la moral y el buen gusto, y no seria una edicion cimentada sobre tales principios, el mas hermoso título de la gloria de Voltaire? Pero que se reprodujesen composiciones tantas veces y con tanta justicia reprobadas; que reimprimiesen lo que por desgracia se halla sobradamente esparcido; que se consintiese insultar la religion, la moral y el gobierno en folletos licenciosos ó satíricos; que se acrecentase de esta suerte el mal en vez de ponerle coto; en verdad que segun todas las apariencias debia muy bien impedirlo la prudencia y el interés de la misma sociedad. Y sin embargo se consintió que los editores prosiguiesen latamente su proyecto. Todo se practicó con la mayor publicidad; la fabricacion del papel destinado á la edicion, la fundicion de la letra, los grabados, todos los preparativos en fin se anunciaban y realizaban de una manera ruidosa. Abiertas estaban en todas las librerías las suscripciones, empeñándose todas las artes á porfia en rendir á la obra sus tributos. Generalmente hablando, hubo grandes quejas y reclamaciones de parte de los hombres religiosos, contra este insulto hecho á la religion. Ya la Sorbona deploraba en su censura de la obra de Raynal, el aparato estudiado que se estaba haciendo de esta edicion. El señor

de Beaumont, arzobispo de París, escribió á los ministros con el objeto de inducirlos á que dejasen de tolerar semejante escándalo. El señor de Pompignan, arzobispo de Viena, en una carta de oficio, fecha 31 de mayo de 1781; disuadió á sus diocesanos¹ que se suscribiesen á dicha obra. El señor de Machault, obispo de Amiens, siguió las huellas de los antecedentes. Reunida extraordinariamente en 1782, la asamblea del clero, presentó dos Memorias al rey, una solicitando un reglamento contra los malos escritos, y otra quejándose especialmente de la nueva edicion. La misma asamblea señaló premios y pensiones á escritores sabios y cristianos, entre otros al P. Bergier, antiguo jesuita, no menos distinguido por sus conocimientos que por su piedad, y adelantó una cantidad considerable para empezar la edicion de las obras de Fenelon, la cual se imprimió en efecto algunos años despues. Mas nada obtuvo esta corporacion con respecto á la nueva edicion de los escritos de Voltaire. Lo que únicamente tuvo visos de hacer algo fué precisar á que se imprimiese dicha obra fuera del reino; pero se imprimió tan cerca que solo se habia de atravesar un puente

¹ El mismo prelado, por medio de una carta de oficio, fecha 3 de agosto del mismo año, prohibió á sus diocesanos la lectura de las *Obras de Rousseau* y las de la *Historia filosófica* de Raynal. Esta carta de oficio es bastante estimada y fundada. El señor de Pompignan se ocupa muy particularmente en el episodio del *Vicario Saboyardo* que hace tanto papel en el *Emilio*.

para introducirla en Francia; por cuanto se establecieron las prensas en Kehl á las puertas de Estrasburgo. Por lo demas la obra entró y circuló libremente; porque el decreto del consejo, con que hemos encabezado este artículo, no fué mas que un simulacro de prohibicion. Acabábase de abrir la asamblea del clero de 1785, y como se temiesen ya algunas representaciones de su parte, se quiso conjurarlas dándole una especie de satisfaccion. En efecto, el arzobispo de Arles, el señor Dulau, gefe de la mesa de *jurisdiccion*, se quejó del despacho de la nueva edicion, y consecuente á su dictamen la asamblea escribió al rey. Pero estas nuevas representaciones no hicieron mas efecto que las antecedentes; la filosofía contaba ya demasiados protectores para temer un desaire; de aquí es que las obras de Voltaire escaparon fácilmente á todas las pesquisas que no existian sino en la forma. El mismo duque de Orleans permitió en su propio palacio la venta de la obra, y el clero debió de considerar como una burla muy insultante el aparato con que se fué, quince dias despues del decreto, á registrar la casa de Beaumarchais; siendo así que harto constaba que sus almacenes no contenian siquiera un ejemplar de la edicion prohibida. Y sin embargo nada reclamara mas lá atencion que el espíritu que habia presidido á la redaccion de esta coleccion vastísima, puesto que se habian insertado en ella los mas reprobables escritos, á par de los mas inocentes; no

perdonando siquiera ese poema sobradamente conocido, donde la impiedad y la licencia se dan recíprocamente la mano; ni esos cuentos libres en que se había divertido el autor sobre toda clase de asuntos, ni esas pretendidas historias filosóficas, donde se insulta el cristianismo con una obstinación tan pesada, ni esas eternas repeticiones de los mismos sarcasmos, ni esos gracejos, en fin, cuya mayor parte ni siquiera reúnen el mérito de argüir algún ingenio. Y lo que no era una prueba débil de la osadía de los editores fué el insertar también en esta edición esa *Correspondencia*, en la cual están trazados netamente tanto los proyectos de Voltaire, como los medios de que echara mano para salir con bien de ellos; esa *Correspondencia*, donde encarece tanto que se *despachurre al infame*, que se escriba contra el *infame*, que se *vaya siempre contra el infame*; esa *Correspondencia* de donde se concluye que durante los veinte últimos años de su vida la destrucción de lo que él llamaba el *infame* fué el esclusivo objeto de todos sus escritos y de todos sus esfuerzos¹. Habíanse complacido los partidarios de este filósofo en decir que todo lo que circulaba acerca de este particular era una calumnia. Mas cuando se vieron mayor número y con mas poder, no hicieron ya ningún misterio de lo que consideraban como un título

¹ Establecióse entre Voltaire y d'Alembert una correspondencia frecuentísima, con la cual llevaron al mas alto grado de desprecio la

honorífico para Voltaire, y no se abstuvieron de proclamarle en alta voz, como jefe de un partido, determinado ya á echar mano de todos los medios para destruir la religion. Condorcet, en la *Vida de Voltaire* que acompaña esta edición, reconoce formalmente la existencia de este partido, lo cual prueba harto bien esta *Vida*. Muy difícil sería llevar mas lejos de lo que lo hace el marqués filósofo el odio contra el cristianismo y la manía de contrastarlo; de suerte que su escrito es mucho menos un panegírico continuo de su amigo, que un manifiesto virulento contra una creencia que ha civilizado el mundo. Sin ningún empacho dice que no se debe encomendar demasiado las buenas costumbres á fin de que no se *estienda el poder de los sacerdotes*. Aquello á lo menos es ingenuo. En fin, toda la obra es de un hombre que se encoleriza á la palabra sola de religion.

1786.

— El 25 de agosto, plan de reforma eclesiástica firmado en Ems, por los diputados de cuatro ar-

religion cristiana. Un gran poeta y un gran geómetra, parecia que se estaban divirtiendo en hacer una conspiracion. Un pensamiento descuella únicamente en todas sus cartas: tal es reunir contra la revelacion todas las fuerzas del espíritu filosófico. Historia de Francia durante el siglo XVIII, por Laquetelle, t. III.